



"Ecce-Homo", escultura de Pedro de Mena.  
**Suplemento de Blanco y Negro n.º 20**  
(Reproducción del Prof. Eug. Norman.)

# FIGURAS DE LA SANTA PASION





**Perfumeria Inglesa**  
Las últimas creaciones nacionales y extranjeras  
Carrera de San Jerónimo, 3

**LUIS VELAZQUEZ**

LINOLEUM. HULES  
ARTICULOS DE LIMPIEZA

HORTALEZA, 47. Teléfono 13324

**SEMANA SANTA**  
Delicadas golosinas de vigilia, en

**MANTEQUERIAS**  
**RODRIGUEZ**

Velázquez, 31.

Telefonos 59765 y 59766

LOS MEJORES  
**CHOCOLATES,**  
**CAFES Y TES**

PLAZA DE SANTA ANA, 11 (moderno)



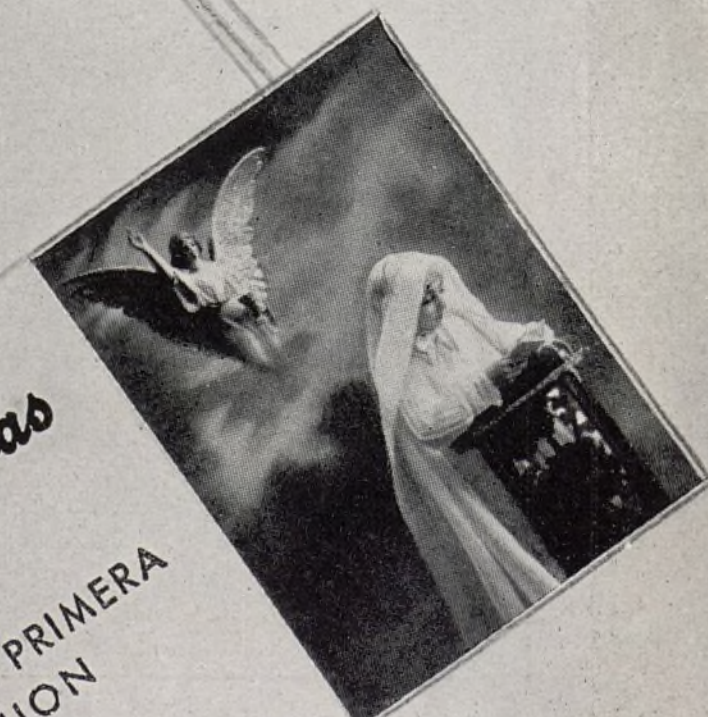
Adquiera los articu-  
los de mejor gusto  
y calidad.

16, Av. de Peñalver  
MADRID

**Merino y Navas**

EQUIPOS PARA PRIMERA  
COMUNION

Atocha, 20 y Relatores, 2



**ESPAÑOLES..!**  
Documentos en la  
**HISTORIA DE ESPAÑA Y DE SUS INDIAS**  
hasta fin del reinado de doña Isabel II, por  
**V. GEBHART**  
Se recomienda por su Trece tomos en 4.º mayor.  
Próxima a agotarse esta obra, no es fácil que se reimprima. Los pocos  
ejemplares que quedan, de la 5.ª edición, se venden al reducido precio  
de: en rústica, 65 ptas.; encuadernados en tela, en 8 volúmenes, 85 ptas.;  
encuadernada en tela, en 13 volúmenes, 100 ptas. Franco de porte.  
**HIJOS DE GREGORIO DEL AMO**  
Paz, 6-MADRID  
Librería Católica

**Juan Zornaza**

Almacenes de Mercería  
Especialidad - Labores - Novedades  
en alfombras de nudo  
Lanas para labores

Arenal, 20

**Semana Santa**



# El discípulo traidor

Dice Papini en su "Historia de Cristo" que el secreto de Judas no lo han sabido más que dos seres en el mundo: Cristo y el Traidor: "El misterio de Judas está atado con doble nudo al misterio de la Redención, y seguirá siendo, para nosotros, tan pequeños, un misterio". En la mesa de la Cena había dicho Jesús: "¡Ay de aquel hombre por quien es traicionado el Hijo del Hombre! ¡Más le valiera a ese hombre no haber nacido!" Son palabras que implican la condena más terrible y, sin embargo, Papini observa que si en los Evangelios está escrito que Judas oía a Jesús, no se ve por parte alguna que Jesús esté personalmente enfadado con Judas. Sabe que Judas hará lo que se propone hacer y no le llena de imprecaciones, "como no maldice al pueblo que le quiere ver muerto o el martillo que lo clava en el leño". La traición de Judas, imperdonable como es, integra la serie de sucesos que han de constituir la Redención "como la debilidad de Pilatos, la rabia de Caifás, los salivazos de los soldados, los maderos de la Cruz". Por eso Jesús no hace a Judas más que una súplica: "Lo que piensas hacer, hazlo pronto".

Así que para explicarnos la conducta de Judas tenemos que ponernos a considerar los casos en que pueden querer los discípulos traicionar a su maestro. Desde luego hemos de descartar por insuficiente el móvil de la avaricia. Treinta dineros no eran mucho. En moneda de hoy no hubiera llegado a cien pesetas. Treinta siclos eran la indemnización que tenía que pagar el amo de un buey que hubiese coceado a un esclavo. Y aunque la avaricia de Judas parece comprobarse por el hecho de que se había reservado, entre los Doce, el oficio de guarda de los pocos dineros necesarios a la comunidad para sus gastos, parece que un avaro de dinero, de no haber sido sino avaro, no habría permanecido tanto tiempo entre gente tan pobre. Pero es que Judas había sido varios años discípulo de Cristo. Alguna razón tendría para ello.

Volvemos, pues, a tener que imaginarnos el caso del discípulo desencantado. La avaricia no es sino incidental. Lo principal está en el desencanto. Dos casos, y dos solos, son posibles. Los discípulos se desengañan de sus maestros por una de estas dos razones: o porque esperaban de ellos demasiado o, viceversa, porque son los maestros los que exigen de los discípulos más de lo que éstos pueden o quieren dar de sí. Pongámonos en el primer caso. El discípulo esperaba más de su maestro que lo que de él ha obtenido. Un ejemplo: la nación espera de un hombre público el remedio a sus males. El político muestra grandes condiciones: conocimientos, impetu, elocuencia. La nación le sigue, le honra, le aclama; pero los discípulos que están en torno suyo empiezan a advertir que el hombre no está a la altura de su misión, porque es más egoísta y ambicioso que abnegado y patriota. Sólo que en ese caso no habrá traición de discípulo. Lo que acabará por hacer éste es, sencillamente, alejarse del maestro.

Y, con todo, en el caso de Judas puede haber algo de esto. Judas es judío, cree en el Mesías, que va a librar a su patria de la servidumbre romana que padece. Judas ha seguido a Jesús por creerle el Mesías. Es verdad que Judas no ha podido seguirle tan de cerca como los discípulos favoritos: Pedro, Santiago y Juan, que le vieron transfigurarse en el Tabor y que son los únicos que le acompañaron en la oración del huerto. Pero, en fin, le ha visto conquistar las muchedumbres y realizar milagros. Y Judas ha llegado a creer que es el Cristo, el Mesías, el Ungido, que ha de unir en su persona los tres oficios, que desde la antigüedad vienen siendo conferidos por la ceremonia del ungimiento: el de Profeta, el de Sacerdote y el de Rey. Judas espera que saldrá del Mesías la liberación de Israel. Espera un día, y otro, y otro. Y aunque en toda la predicación de Jesús no hay el menor signo de que se proponga devolver a Israel su antigua gloria e independencia, como Jesús hace milagros: resucita a los muertos, entusiasmo a los egoístas, Judas piensa: "No cabe duda: es el Mesías".

Podemos, pues, atribuir a Judas el dolor de un desencanto, justificado en su ideal de judío, aunque injustificado en su calidad de discípulo de Cristo, porque Jesús no le había prometido nunca lo que Judas esperaba de él. Podemos imaginarnos que Judas soñaría muchas veces con ver a Jesús armarse de las armaduras más resplandecientes y montar el caballo más hermoso y ha-



cerse seguir de los regimientos de los ángeles y de todo el pueblo de Israel, también armado, milagrosamente armado, como fué alimentado aquel día de la multiplicación de los panes y los peces. ¡Cuántas veces no soñaría Judas con ser general de Cristo en la gran batalla de la liberación de Palestina! Y luego ministro, o canciller, o embajador. Que Cristo podía realizar su sueño no le cabía duda. El que hace generosos a los egoístas y resucita a los muertos, ¿qué obstáculo podrá encontrar que le impida rehacer un reino antiguo?

En el capítulo XXII del Evangelio de San Lucas se cuenta que cuando los príncipes de los sacerdotes y de los escribas buscaban cómo harían morir a Jesús: "Satanás entró en Judas, que tenía por nombre Iscariote"; ¿por qué entonces? Este es el misterio. Sólo que en el capítulo anterior cuenta el mismo San Lucas que el Señor anunció la ruina del templo, la desolación de Jerusalén y la esclavitud y dispersión de los judíos: "Jerusalén será hollada de los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones". (Luc. XXI, 24). Esto oyó Judas decir a su maestro: "Cuando estaba ya cerca la fiesta de los Azimos que es llamada Pascua". Y entonces fué cuando Satanás entró en Judas. ¿No es verosímil que en aquel momento le poseyó a Judas el convencimiento de que nunca Jesús libertaría a los judíos del yugo romano y de que todos sus sueños de Poder y de gloria habían sido vanos?

Pero hay más, y aquí entramos en la segunda clase de desencantos. También es probable que en aquel momento, y sólo en aquel momento, cayó Judas en la cuenta de lo que Jesús pedía a sus discípulos. Lo que de ellos quería es que lo amasen por su bondad, y no que le siguiesen por su Poder y su gloria. Por eso había nacido en un establo. Por eso se había criado en la casa de un carpintero, aunque procediera de la estirpe de David. Quería ser un Dios escondido, a quien sólo reconocieran los que le amasen. Era capaz de morir como un esclavo en una cruz, para no imponer su reconocimiento a nadie. Su Poder divino, su gloria sobrehumana, sólo se manifestarían a los que en Él tuviesen fe y le amasen li-

bremente. Las gentes no verían en Él, si llegaba a ser crucificado, como querían que lo fuera los sacerdotes de Israel, más que un hombre torturado y humillado. Pero los discípulos de Jesús debían adorar en Él a Dios y tendrían que disponerse a sufrir como Él el martirio y la muerte.

Todo esto lo vió Judas con absoluta claridad en menos de un segundo, en el momento mismo en que Satanás entró en él. ¡Valiente destino el que se reservaba a los discípulos de Cristo! En vez del magnífico poderío con que había soñado tendrían que persuadir a las gentes de que el Mesías no era más que un pobre carpintero que se había dejado matar. En la figura de un crucificado tenían que hacer que fuera reconocido el Rey de los judíos y el Hijo de Dios. Y para dar testimonio de su fe habrían de dejarse perseguir los discípulos, como lo había sido el Maestro. En vez del Rey del mundo, lleno de poderío y de esplendor, tenían que ir predicando un Reino de Dios hecho de pobreza y de aflicción. En vano había sido la espera de estos años. Jesús lo podía todo, puesto que hacía milagros, pero no quería ser como Judas lo hubiera deseado. ¡No quería! ¡Por su capricho se frustraban los anhelos de Judas y con ellos los del pueblo de Israel!

En aquel momento resolvió Judas vender a su Maestro. No era por lo que pudieran darle. Aceptaría cualquier cosa, a pesar de lo mucho que quería el dinero. Lo importante es que se le habían desvanecido todas las falsas esperanzas que había puesto en Cristo. Este no quería sino hombres que le amasen por sí mismo. No era el Rey que Judas deseaba, el Rey que repartiese grandes empleos entre sus secuaces. Cristo pedía demasiado. Y Judas, en suma, como ahora se suele decir en castellano, no quiso "hacer el primo". Por eso aceptó los treinta siclos. Si después Judas se ahorcó de un árbol es porque al pasársela la cólera de su gran desencanto advirtió claramente que Jesús era Dios y que había venido a este mundo para mostrarnos que Dios es amor. El discípulo había traicionado al Amor, al Amor que mueve el sol y las estrellas, y no podía perdonarse a sí mismo.

RAMIRO DE MAEZTU

FRAGMENTO DE UN GRUPO ESCULTÓRICO DE SALZILLO. (FOTO RUIZ VERNACCI)



"ECCE HOMO" PRESENTADO  
AL PUEBLO POR PILATOS".  
(ACADEMIA DE SAN FERNANDO)

EN LA PÁGINA SIGUIENTE  
"LA FLAGELACIÓN", TABLA  
POR JUAN DE BORGÑA. (CON-  
VENTO DE SAN JUAN DE  
LA PENITENCIA. CLAUSURA)



## Los que osaron juzgar y condenar al Hijo de Dios



E staba decretado, en los designios inescrutables de la Providencia, que la redención de la Humanidad caída tuviera lugar mediante la encarnación del Hijo de Dios y el sacrificio de su vida temporal, como prenda de nuestra vida eterna. Pero este sacrificio pudo realizarse por vías bien distintas; y estaba también decretado que fueran los propios hombres, llamados a ser redimidos con él, los que lo decidieran y llevaran a cabo, no precisamente a mano airada de un homicida vulgar, sino bajo la égida de la doble autoridad más alta a la sazón vigente: la religiosa, encarnada en el Sanhedrín y el Gran Pontífice judío, Caifás, y la política del Imperio romano, representada por el gobernador a la sazón de Judea, Poncio Pilato.

"El hombre se agita y Dios le mueve". Quizás en trance alguno de la Historia se echa de ver el profundo sentido de esta palabra famosa, tanto como en el de la Pasión y Muerte de Jesús, condenado a ella por los órganos más autorizados de la justicia terrestre. Cada uno de ellos pudo actuar, en aquel momento fugaz, bajo el dictado de una conciencia inspirada en móviles más o menos legalistas o más o menos inconscientemente personales. Pero cuando contemplamos, a veinte siglos de distancia, la magna epopeya del Cristianismo, a que una vulgar sentencia judicial hubo de abrir cauce, no podemos menos de sobrecogernos de asombro, aún humanamente hablando, ante la desproporción de los medios con los fines, del menguado horizonte mental que dió pábulo a la condenación del Hijo de Dios, con la excelsitud del destino a que, en su virtud, hubo de elevarse la Humanidad entera.

No obstante lo cual, bien cabe decir también que la sentencia judicial que condenó a muer-

te a Jesús, no dejó de apoyarse en una compleja urdimbre de motivos doctrinales o políticos y móviles personales que resumen y simbolizan maravillosamente la trama habitual de los acontecimientos históricos y descubren la clave de su providencial encadenamiento. Hombres e instituciones se reflejan en aquella sentencia, impulsados por pasiones disfrazadas de una ortodoxia y de una legalidad que intenta en vano oponerse a la fuerza arrolladora de aquella "fuente de agua que salta hasta la vida eterna", de aquel "fuego que había de consumir la tierra", bajados a ella del cielo con la persona humano-divina del condenado a la última pena. "Cuando fuere exaltado de la tierra—hubo de decir en cierta ocasión a sus discípulos, aludiendo a su próxima muerte—todo lo atraeré hacia Mí". ¿Cómo pudieron sospechar sus verdugos que servían de instrumentos a la renovación espiritual del mundo que se avecinaba, tras de la afrentosa muerte de aquel misterioso ajusticiado?

Ahora bien, si paramos mientes en la doble etapa que recorrió el proceso judicial de Cristo, será fácil advertir que en la primera, de actuación exclusivamente judía, se esgrimieron ostensiblemente razones de carácter político y religioso, que mal encubrían el resentimiento personal de los jueces contra el divino procesado; al paso que en la segunda, bajo la jurisdicción estrictamente romana, se puso, sobre todo, de manifiesto, la debilidad de un juez ante la amenazadora agresividad de los acusadores, si bien, reaccionando tardíamente contra ella, con la inconsciente proclamación de la máxima dignidad del acusado. El pontífice Caifás se nos presenta en el Evangelio como el fanático guardián de la patria independencia y de las tra-

diciones israelitas; al paso que el gobernador, Pilato, ha pasado a la Historia como el prototipo de la claudicación humillante, ante la imposición del tumulto popular.

Cuando, a raíz de la emoción provocada por la resurrección de Lázaro, se reunieron los Escribas y los Fariseos, preguntándose: "¿Qué haremos con este hombre, que tales prodigios realiza? Porque, de dejarle así, todos creerán en él, vendrán los romanos y arruinarán nuestra ciudad y nuestra nación"; el, a la sazón, gran sacerdote Caifás, hubo de reconvenirles su incomprensión, y de proclamar decididamente "la necesidad de que muera un hombre, para que toda la nación sea salvada". He aquí el motivo político subyacente a todo el proceso.

No era cosa, sin embargo, de agitarlo ostensiblemente a los ojos del propio gobernador romano y así, cuando, pocos días después, Jesús es detenido y conducido ante el suegro de Caifás y antiguo Sumo Pontífice Anás, éste le interroga sencillamente sobre sus discípulos y su doctrina.

¡La doctrina de Jesús! No era un secreto para nadie. Se reducía, sencillamente, no a derogar la ley, sino a perfeccionarla y, sobre todo, a cumplirla. Pero esto era, precisamente, lo contrario de lo que significaba el fariseísmo imperante a la sazón en la Sinagoga. Lejos de perfeccionar la ley, espiritualizándola cada día más, el fariseísmo la desnaturalizaba, recargándola de un ritualismo formalista, vacío de emoción religiosa y, por ende, substitutivo falaz de la auténtica elevación del alma a Dios. Lejos de cumplir la ley, el fariseo se limitaba a su observancia puramente externa, de "sepulcro blanqueado", no obstante lo cual, alardeaba de superioridad ante los demás hombres menospreciados por él, como pecadores. En uno





y otro sentido, la predicación de Cristo se hallaba, pues, en los antípodas del fariseísmo dominante, al que flagelaba con severas imprecaciones, y frente al cual llegó a proponer a las multitudes populares una bien diáfana línea de conducta: "los Escribas y Fariseos—les decía—se sientan en la Cátedra de Moisés; observad, pues, y haced cuanto os digan; pero desconfiad de ellos y no los imitéis en sus obras; pues lo que dicen, no lo hacen". Todo hacía presagiar, pues, que la fundamentación del proceso de Jesús no se encauzara por vías de ejemplar imparcialidad.

Pero la doctrina de Jesús no se limitaba a restaurar la auténtica vida religiosa en sus dos grandes mandamientos de amar a Dios y amar al prójimo como a sí mismo. Había en ella un punto delicado y de extrema importancia, muy propio para disimular, so capa de estricta ortodoxia, la hostilidad sospechosa de injusticia del fariseísmo a la persona de Jesús. Tal era la proclamación que el propio Jesús había hecho de sí mismo como Mesías o enviado de Dios, Cristo o ungido de Dios; finalmente, Hijo de Dios en el sentido más trascendente de esta palabra. Por eso, cuando de la presencia de Anás es conducido a la de su yerno Caifás, éste acaba por cortar el confuso tropel de declaraciones contradictorias de los testigos, dirigiendo al acusado una pregunta decisiva: "¿Eres tú el Hijo de Dios?" Y ante su respuesta rotundamente afirmativa: "¡Ha blasfemado! ¿Para qué tenemos necesidad ya de testigos? ¿Qué os parece?" Y todos a una, contestan: "Reo es de muerte".

Cabalmente, la pena de muerte es la que los romanos se han reservado aplicar, en su política de prudente captación de aquel pueblo

difícil. Por eso acude el Sanhedrín a la más alta autoridad romana del país: el gobernador Poncio Pilato, en demanda de que su sentencia sea ratificada, apoyándola, por de pronto, en motivos políticos, de los que más pudieran afectar al gobernador imperial: "Este hombre es un perturbador de toda la nación; prohíbe pagar el tributo al César y se arroga el título de Cristo Rey". Pero Pilato, probablemente prevenido contra una posible injusticia en aquella denuncia, lejos de darle un curso favorable al deseo de sus autores, trata por diversos modos de soslayar una condenación, enviando al presunto reo a Herodes, incluyéndolo en una disyuntiva de indulto con Barrabás, y aun apelando al sentimentalismo de las masas, ante la exhibición de Jesús ya flagelado y coronado de espinas: "¡Ecce Homo!"

Pero aquel pueblo envenenado no razona y pide con implacable crueldad la crucifixión del mismo a quien había aclamado, pocos días antes, como el Enviado de Dios y el Salvador de Israel. Los Escribas y Fariseos, a su vez, urgen ahora motivos de carácter religioso—la proclamación por parte de Jesús de su Filiación divina—que resultan contraproducentes para el ánimo del gobernador, impresionadísimo en efecto, ante la sobrehumana dignidad que revelan las pocas palabras con que le responde el acusado, que no rechaza el título de Rey, pero un Rey "que no es de este mundo". Finalmente, el golpe de gracia para aquel perplejo y pusilánime juez: "Si dejas a ese hombre en libertad, no eres amigo del César, pues todo el que se erige en rey, se contrapone al César". Y ante la eventualidad de perder la gracia imperial, a vuelta de una ritual declaración de irresponsabilidad por "la sangre de

aquel justo", que el populacho acoge pidiendo "que la sangre de Jesús caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos", Jesús es entregado por Pilato para ser crucificado.

Faltaba, no obstante, el punto final de aquel terrible drama. En lo alto de la cruz, por encima de la sangrante cabeza del divino ajusticiado, aparece por orden de Pilato una inscripción que, puesta en las tres lenguas más destacadas a la sazón—hebreo, griego y latín—reza sencillamente así: "Jesús Nazareno, Rey de los Judíos". Asombrados los judíos de semejante proclama, piden una rectificación: "No hagas escribir 'Rey de los Judíos'; sino que él ha afirmado ser el Rey de los judíos". Pero Pilato no está ya para mayores condescendencias, y despacha a los reclamantes con una escueta repulsa: "Lo que he escrito, escrito queda."

Y es, quizás, la primera vez en la Historia del Mundo en que un juez aparece solemnemente identificado con el propio motivo en que acaba de basar la condenación de un reo. Pero no olvidemos que, tanto Pilato como el Sanhedrín judío, en el juicio de Jesús, más que agentes humanos en la limitada perspectiva de un tiempo y lugar determinados, fueron instrumentos inconscientes de la Providencia en la restauración de toda la Humanidad caída. Y a este efecto era ya oportuno, para los altos juicios de Dios, que en el que puso fin a la vida mortal de su Hijo, sobre el espectáculo humanamente ignominioso de su sacrificio, culminara triunfante la enseña de su espiritual realeza universal y eterna, de la cual, la proclamada realeza judía, era un simple augurio, un anticipo simbólico y prometedor.

JUAN ZARAGÜETA





...Y LE ASISTEN EN EL CAMINO DEL CALVARIO... (CUADRO DE RAFAEL, VULGARMENTE DENOMINADO "EL PASO DE SICILIA", MUSEO DEL PRADO)

EN LA PÁGINA SIGUIENTE, "AL PIE DE LA CRUZ", FRAGMENTO DEL CUADRO DE GERMÁN HERNÁNDEZ AMORES, EXISTENTE EN EL TEMPLO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE.

## LAS SANTAS MUJERES:

Los cuatro evangelistas coinciden en la forma y contenido del relato empleando casi las mismas palabras: "Estaban al mismo tiempo junto a la Cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofas y María Magdalena". Ninguno alude a la presencia de los apóstoles y discípulos, de los amigos y favorecidos. Sólo ellas, las mujeres. Las que habían seguido compasivas en el camino del Calvario, las que en la calle de la Amargura le brindaron refrigerante bebida, las que en la Puerta Judiciaria rindieron el homenaje de su fidelidad en las lágrimas de los ojos, las que ahora en el sombrío picacho del Gólgota morían de pena con Cristo agonizante.

En aquel monstruoso desbordamiento de odios y envidias, de farsa política y de apostasía religiosa vencían las mujeres sobre el miedo y la ingratitud de los hombres. Por nada ni por nadie se apartaron de la Cruz, resistiendo impávidas las invectivas de los judíos, soportando pacientes el enojo de los sayones, desafiando las amenazas del Sanedrín, sin que las acobardaran los pavorosos nublados del cielo ni los inquietantes sacudimientos de la tierra.

¿Qué simboliza este triunfo de la feminidad, no del feminismo, cosa distinta, cuando no contraria, representado por las Santas Mujeres, en el trance final de la vida de Jesucristo? La Historia no había conocido más que a la hembra; el Evangelio consagró a la mujer. Por sus páginas fluyen caudalosas las ternuras y delicadezas, las encendidas exaltaciones que hacía el Maestro de la dignidad femenina.

Recuérdese aquel apóstrofe: "el que de vosotros esté sin pecado eche la primera piedra", acusando así a los hipócritas acusadores de la mujer adúltera, a la cual absolvió de su culpa, infundiéndole ánimos para el arrepentimiento y la perseverancia.

Los milagros más extraordinarios, las confidencias más íntimas y misteriosas, hízolas Jesucristo en beneficio o por mediación de la mujer. A instancias de su madre convirtió el agua en vino en las bodas de Caná; lloró con Marta y María las tristezas de su hermano muerto, y a ruego de ellas lo volvió a la vida, proclamando al mismo tiempo el dogma de la resurrección final; de su propia salud dió salud a la hemorroisa; arrancó de la muerte a la hija de Jairo, alzándola del féretro como a tallo quebrado de una azucena; enjugó las lágrimas de la viuda de Nain y sus ojos cansados de llorar vieron con inefable alegría al "hijo único" que a la voz de Jesús se despertaba del sueño eterno; dió agua del cielo a la Samaritana, ahita de los pozos de la tierra, revelándole su carácter mesiánico y anunciando el "don de Dios" junto a la fuente que había inmortalizado la memoria de Jacob, el viejo patriarca; estampó su faz sobre el lienzo de la Verónica, "especie de eucaristía de su belleza, cuando más afeada estaba por los hijos de los hombres, y otorgó, por fin, las primicias de su gloria de resucitado a la madrugadora diligencia de las Marías, que en su busca corrían, perfumadas como las rosas abrilianas.

En pago a la fineza en tantas predilecciones y en respuesta a la vocación de la nueva fe que el Nazareno predicaba, fidelidades y abnegaciones, el amor, en suma, depurado en estas mujeres del Evangelio, siguió anhelante, paso a paso, por todos los senderos de Palestina, hasta subir con El a la cima del Calvario.

Como si un mismo pensamiento hubiese guiado la pluma de los evangelistas, a pesar de lo diferente del tiempo y lo diverso de las circunstancias en que escribieron, los cuatro definen con el mismo verbo el acto de la presencia femenina al pie de la Cruz, acaso para dar a entender que la unanimidad de esta fijeza y concreción gramatical era indicio y señal de un hecho alto y trascendental. "Estaban". Se trata, no hay por qué advertirlo, de uno de los vocablos más expresivos y sintéticos de todos los idiomas. En su etimología griega y latina denota firmeza, estabilidad, permanencia. No es su significado quietud de estancamiento y paralización; es más bien signo positivo de actividad concentrada que a pie quieto vigila y espera; equivale a continuidad de resistencia, y en el sentido espiritual que aquí tiene la palabra, implica una actitud de contemplación, de arrobamiento, de amor extático en plenitud de mística entrega.

## FULGORES DE LA MISERICORDIA DIVINA

"¡Señor!, aquí está Juan", decía siempre un lego, desprovisto de letras y títulos, al empezar su oración delante de la imagen de Cristo Crucificado en la capilla conventual.

Los novicios y aun los padres graves solían bromear a costa de la simplicidad del fraile, que no sabiendo de rezos y preces de devocionario empezaba y concluía los suyos con aquella frase, suspenso y atraído el ánimo por un intenso y grato sentimiento de admiración que no cesaba hasta que el toque de la campana llamábale a la disciplina del convento. Pero un día faltó a la llamada, y grandemente sorprendidos los religiosos por tratarse de quien a punto y con ejemplaridad observaba la regla, buscáronle por claustros, celdas y oficinas, sin encontrarle, por lo que resolvieron dar cuenta al superior.

—Padre—le dijo el más antiguo de los legos—, el hermano Juan no vino hoy a hacerse cargo del oficio que le correspondía esta semana; es la primera vez que ocurre en tantos años de comunidad, y recelando nosotros que alguna repentina dolencia le aquejase, fuimos en su busca al dormitorio, y al ver que allí no estaba, ni tampoco en otros lugares del convento, acordamos dar parte del caso a vuestra reverencia.

—Pero, ¡benitos de Dios!—replicó el padre—, habéis corrido la casa sin mirar lo mejor de ella. ¿A que no le habéis buscado en la capilla? Tratándose del hermano Juan, no puede estar en otro sitio.

Y allí estaba, en efecto; caído al pie de la Cruz, con los labios entreabiertos como si todavía floreciera en ellos la sencilla oración, entera de amor y sacrificio: "¡Señor, aquí está Juan!"

Tengo para mí que, además de lo dicho, la palabra apostólica era preámbulo de la misión que la mujer había de ejercitar en la familia y sociedad cristianas, y por tal fué consagrada como índice y exponente de las actividades femeninas. Los hombres van y vienen, y este continuo afán y movimiento de su vida marca la línea divisoria entre los elementos que componen el hogar. Varón dice fuerza y autoridad; amor al cabo, cuya más alta

expresión, la generosidad y el desinterés, llegaron a lo sublime en el Calvario, cobrando allí esa virtud y energía que ha sido, en la Historia, epopeya de la debilidad vencedora de la fuerza; de la gracia triunfante de la tiranía; del renunciamento superando a los egoísmos. Lo diré, en fin, con palabras de una esclarecida mujer contemporánea, Juana Salas de Jiménez. "La feminidad—escribe la presidenta de la Confederación Nacional de Mujeres Católicas—, símbolo de debilidad y flaqueza, dió al mundo alto ejemplo de constancia y abnegación, poniendo de manifiesto que no obsta la pequeñez de que va vestida por la leyenda que los hombres le han formado, para llevar a cabo hechos heroicos y sublimes que le enaltecen y la hacen admirable.

Pero no hay que olvidar que la fe, la abnegación, la magnanimidad y la fortaleza, aquellas santas y heroicas mujeres la tuvieron por seguir a Jesús, Hijo de Dios; y cuantas mujeres bendice la Humanidad, reinas o súbditas, madres o hijas, sabias o ignorantes, todas, todas han seguido las huellas de aquel Divino Maestro que nos dejó con su religión el arte de amar y de engrandecer a los pueblos.

Séneca decía que "la condición de la mujer es para un Estado su salvación o su ruina". Es una verdad comprobada que obliga a los Gobiernos a no mirar con indiferencia la acción femenina en todos sus aspectos y a no tomar a la mujer como "objeto" de entretenimiento o belleza o como fruslería baladí.

Las mujeres estamos precisamente a la hora de ganarnos el puesto que nos corresponde. Pero lo perderemos si no tomamos el ejemplo de estas mujeres que la Semana Santa nos recuerda.

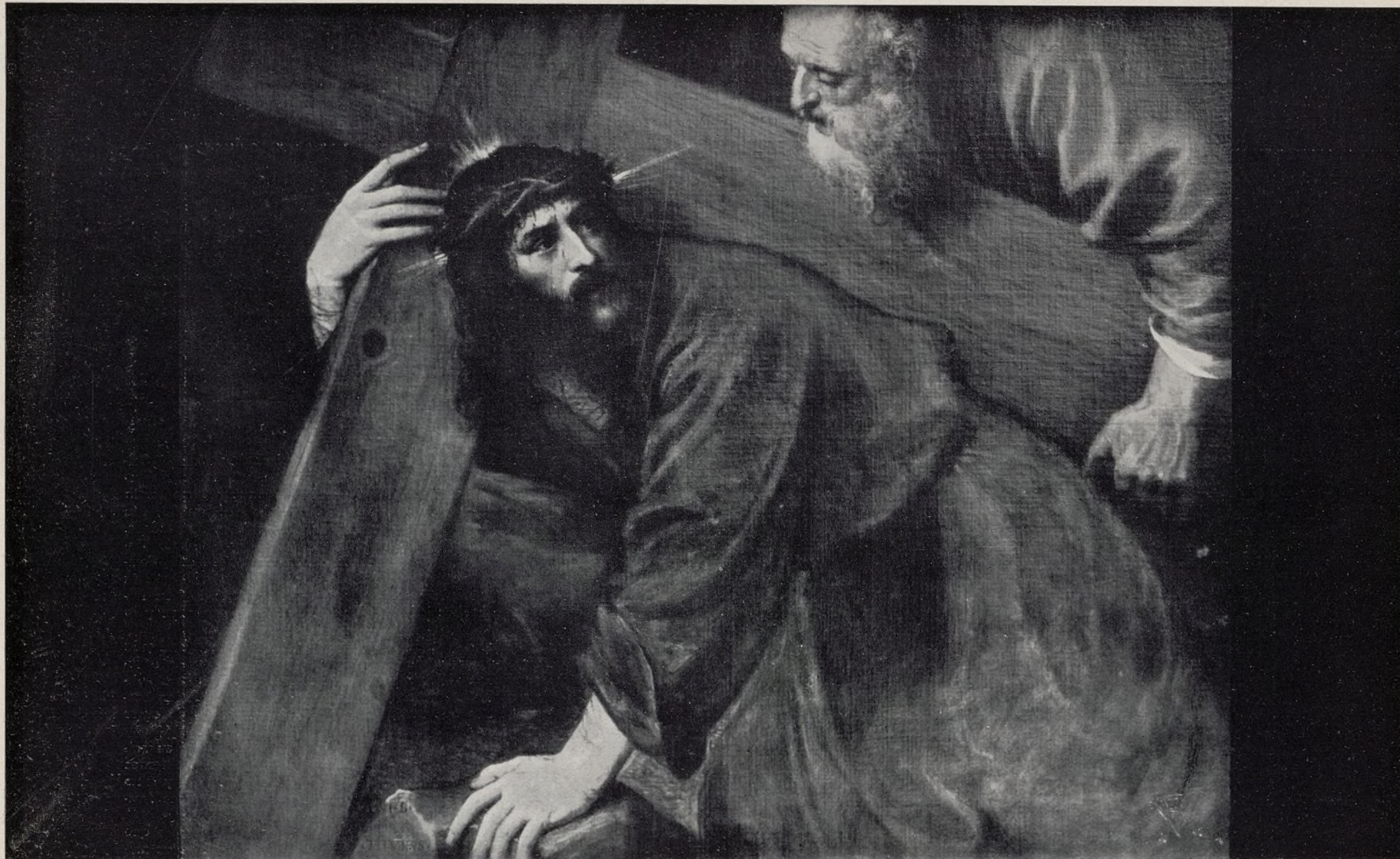
Por eso nos duele la veleidad de tantas, la indiferencia de muchas, la tontería de las más, sin que por esto acaquemos sólo a nuestro sexo tales defectos. Pero "¡ellos son nuestros hijos!"

J. POLO BENITO

REPRODUCCIONES DEL PROF. EUG. NORMAN







CUADRO DE TIZIANO.  
(FOTO RUIZ VERNACCI)

## La compasión humana:

### Simón Cireneo ayuda a Jesús

"Et... apprehenderunt Simonem... et imposuerunt illi crucem portare post Jesum."  
(San Lucas. Cap. XXIII. Vers. XXVII.)

Por la puerta Judiciaria y a la voz de un pregonero, hacia el cerrejón del Gólgota llevan al Divino Reo, con su corona de espinas y una voga atada al cuello.

En collera de ladrones por más escarnio le han puesto y le han cargado a los hombros la pesadumbre del leño, donde su Carne, afrentada de azotes, saliva y cieno, volverá en fina alabastro su cárdeno lírio yerto.

De toso pino aserrada —¡Dios perdone al carpintero!— quince pies tiene de altura y ocho el travesaño recio donde han de clavar sus palmas en el suplicio postremo.

Bajó un instante los párpados cuando sus ojos la vieron, frente por frente al Pretorio, tendida al largo en el suelo esperando que El la tome para cumplir lo dispuesto; mas avanza, decidido, y se une al pesado leño para rematar la arada de su celeste barbecho.

Capataz de entraña negra, dura y fría más que el hielo, le agujonea y hostiga la muchedumbre del pueblo con arpones de blasfemias y trallazos de denuestos, riotería y coceadora, en vil y cobarde asedio.

Letrados y sacerdotes, escribas y fariseos, de ricas hopas vestidos hacen cabeza al cortejo; y legionarios de Roma —lucido y vistoso arreo, púrpura en bandas y mantos, corazas de fino argento, pesado casco de bronce con carrillerías de cuero y rojo erectón de gala que riza y destriza el viento—, al mando de un centurión que jinetea, altanero, entre el bosque de sus lanzas enrejan la luz del cielo.

Por terrazas y azoteas todos se aroman de pechos; por calles y callejones todos acuden a verlo, derramándose, rugientes, como un río torvo y negro que afrenta en su rebalaje el dolor del Nazareno...

—¿A dónde vas, Jesús mío, tan apurado y maltrecho que si tu Madre te viera, igual que yo te estoy viendo,

no reconociera, acaso, a su Divino Cordero?...

¿A dónde vas, sin palabras entre tus labios resecos, casi sin sangre en las venas que te han tronzado y deshecho, los dos soles de tus ojos de polvo y de sangre ciegos, por sucio sudor, pegado sobre las sienes el pelo, por bocas de mil heridas mostrando al aire tus huesos y, entre si avanzas o caes, sin un poro de tu cuerpo ni un latido de tu alma que estén libres de tormento...?

¡Con mis pecados a rastras, en esa cruz que es tu cetro, palo para atar mi vela, llave que me abre tu reino...!

Sobre las piedras rebota el cabo de tu madero, y es cada rebote un mazo que tunde todos tus miembros.

Ya has encontrado a tu Madre —¿dónde habrá dolor más fiero?—... Y ya has caído una vez de tu árbol al duro peso, con alma para sufrirlo, sin fuerzas para moverlo...

Nadie a aliviarle se llega con su ayuda o su consuelo: que, como es signo de infamia, no hay quien no lo esquivé presto.

Avanza con su caballo el centurión a su encuentro

y en vano le solicita para que se yerga, ceda.

De aquel sin fin de cabezas perdida en el mar inmenso, el centurión avizora la de Simón Cireneo, como en basalto esculpida sobre el torso gigantesco. —¡Tú, que eres fuerte—le dice— ayúdame al Galileo,

no sea que se nos acabe antes de que le clavemos!— Simón ha roto la fila y, con potente resuello, el pesado tronco carga en su cerviz de labriego, como la de un toro recio, sufrida, como de siervo que, al ser mandado, ni duda ni discute el mandamiento.

Quebradizo tallo leve, Jesús se ha erguido de nuevo, y, mirando al que le ayuda, le ha sonreído en silencio. Prosigue la marcha lenta en redoblado jadeo...

—¿No te cansas, hijo mío? —Si me canso, no lo siento; que tus ojos me son alas que me alivian de este peso. —¡Dios te pague, buen amigo, Dios te pague lo que has hecho! —¿Y qué erimen cometiste, que en suplicio tal te encuentro? —El de amar...

—¿Y así te pagan? ¿pues en qué eulib nacieron?



TABLA DE JUAN DE BORGONA.  
(FOTO RODRÍGUEZ)

## Simón de Cirene y Verónica

—Hombres son.

—¡Mejor dijeras que son tigres del desierto! —¡Qué dolor!

—¡No te me rindas, que ya va quedando menos! —¿No te cansas, hijo mío? —¡Si me canso, no lo siento! (No lo dicen con palabras: que mejor lo van diciendo con miradas que se cruzan y se besan en silencio.)

Trompetea su trompeta, horea y agria, el pregonero... Sanhedritas y listos avanzan mudos y serios...

Vocifera el populacho que, ha poco, con ramos tiernos de olivo y palma, alombrara la senda del Nazareno...

El centurión jineteo, desvainado su acero, flotante el púrpuro manto como una lengua de fuego...

Y hacia el cerrejón del Gólgota, que se desdobra a lo lejos, jadean bajo la cruz El Justo y el Cireneo.

### La Verónica enjuga con un lienzo el rostro de Jesús

En esta sexta estación, me paro a considerar

el más pasmoso milagro que ha visto la humanidad.

¡Berenice, Berenice, y qué orgullosa estarás de que el lienzo que tejieron tus manos en tu telar para envolver en tu artesa las hogazas de tu pan, en tres dobleces doblado, merezca el vulto enjugar del que un pan ha convertido en su Carne corporal!

Los que quieran, que me escuchan el portentoso relatar: el más grande que se sabe desde los tiempos de Adán, después de aquel en que El Verbo quiso como Hombre encarnar en el vientre de una Virgen muy más limpia que el cristal y de erotro en que esa misma Carne, en Hostia se nos da.

Por su calle de Amargura, bajo el sol primaveral que en su rostro escarnecido reverbera sin piedad y coagula aquella sangre que regando el suelo está y el sudor y las salivas hacen mucho resaltar, aquí eae, allí se yergue, Jesucristo humilde va.

Como perro al que, sarnoso, se le arrastra a un muladar, atirrántale la voga

que amarrada al cuello ha... (¡Mis pecados la tramaron con espartos de ruindad!)

A patadas le levantan cuando intenta desearse... (¡Herraduras, mis pecados le cocean sin piedad!) Torniscones abren brechas en su rostro virginal... (¡Mis pecados son las manos que descargan en su faz...! ¡Ay, Jesús, y qué cogido que me tiene Satanás...!)

¡Berenice, Berenice! no te tardes y anda ya, con tu lienzo en tres dobleces que dobló tu caridad: que el Vicerueis no se acaba ¡y Jesús no puede más!

[Favor me preste la tinta de un tintero celestial y pueda, con firme pulso, en su azul cuenco mojar mi mano, la pluma fina robada a una Potestad para escribir, de mis letras, el portentoso singular! Blanco el lienzo, blanco el rostro de compasión y ansiedad, Berenice, reverente, su rodilla al suelo da —Permite, Señor mío, tu Santo Rostro enjugar con aire de mis sollozos, frescura de este eendal.—

Jesús ha tomado el lienzo y con noble dignidad, sin que pronuncie palabra lo lleva a su Santa Faz. Berenice, confundida, no se atreve a respirar, afinojada en las piedras, hundida en su mezquindad.

Jesús le vuelve, solcito, el lienzo sin desdoblar: —¡Gracias!—le dicen sus ojos con ternura sin igual y, asiéndose del madero prosigue su caminar.

Luego que el lienzo desdoble de Berenice el afán, en todos los tres dobleces el milagro se verá que acaba de hacer tangible la Divina Majestad, como en prenda de que quiere entre nosotros quedar, dejando allí de su Rostro la estampa exacta y cabal.

¡Señor, escucha mi ruego! que en la hora de mi acabar, cuando mi alma se desprenda de su barro terrenal, mortaja le dé a mi cuerpo, que ungido en tu óleo estará, ese lienzo en que has querido tu hermosa Cara estampar.

MANUEL DE GÓNGORA





CUADRO DE LA ESCUELA FLAMENCA,  
EXISTENTE EN LA ACADEMIA DE BELLAS  
ARTES DE SAN FERNANDO. (REPRO-  
DUCCIÓN DEL PROF. EUG. NORMAN)



## La Cumbre de la Redención

No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte  
clavado en una cruz y escarnecido;  
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,  
muéveme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,  
que aunque no hubiera cielo yo te amara,  
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,  
pues, aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero te quisiera.

(ESTE MARAVILLOSO SONETO, ATRIBUIDO A DI-  
VERSOS AUTORES, ENTRE ELLOS A SAN FRAN-  
CISCO JAVIER, ES PROBABILÍSIMAMENTE OBRA DE  
LA GENIAL INSPIRACIÓN DE LOPE DE VEGA.)



# La fe del centurión

San Mateo relata el hecho: "Y los que pasaban le blasfemaban, moviendo sus cabezas. Y diciendo: Tú, el que destruyes el templo de Dios y lo reedificas en tres días, sálvate a ti mismo. Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz. Asimismo, insultándole también los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, decían: A otros salvó, y a sí mismo no puede salvarse: si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz y le crearemos. Confió en Dios; librélo ahora, si le ama; pues dijo: Hijo soy de Dios. Y los ladrones que estaban crucificados con él, le improperaban del mismo modo. Mas desde la hora de sexta hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. Y cerca de la hora de nona clamó Jesús con grande voz, diciendo: "Elí, Elí, lamma sabac

eternidad que procura la salvación. Así los episodios evangélicos son sucesos de ahora, como de ayer y de mañana, desintegrados de las categorías espacio y tiempo. El Mundo celebra en todo instante la Gran misa de su elevación a Dios por el voluntario sacrificio de Dios mismo.

Evangelio es clave y símbolo de todo acontecimiento, aun de los conocimientos vulgares del criterio moral. De cada versículo se desprende ejemplaridad como polen de cada flor en primavera. Se puede examinar a la luz de los años y de la variedad de los años y de la mentalidad de las épocas, y se encuentra siempre en el Evangelio la definitiva Palabra.

¿Qué sentido oculto tiene para un hombre de 1936 la anécdota del centurión? Vemos que desde la llegada de Jesús a Jerusalén entran en conflicto, en el drama de los dramas, tres elementos. El primero es el Justo que cumple la labor anunciada en las profecías: Arrancar el alma del hombre a la oscuridad del mal y mostrarle las tres es-

oculta el fin verdadero y se enmascara con propósitos aceptables y plausibles, se convierten los hechos y las personas en lo contrario de lo que son, por la magia transformadora del verbo; se hace coincidir el término medio del pensamiento de la plebe con la solución del problema que se le plantea, se satura de propaganda obsesiva a la muchedumbre, que acaba por convencerse de que es verdad lo que oye a todas horas a otros; se convierte en cuestión de pasión cegadora el asunto de justicia y de certeza, se hace saborear al populacho el éxito de un final preparado como obra de su soberana voluntad, que se acata por los encargados de ordenar. Amor propio halagado, ignorancia servida, ley de la mayoría, aceptada, ocultación y fraude..., nada se escatima. La opinión pública vota... lo que se le dicta.

Y el conflicto dramático termina siempre con el éxito de la maniobra dual: Estado y opinión pública ejecutan a los que estorban; son quienes, de modo oculto, manejan verdaderamente los hilos del Poder y de la Historia.

Nadie ha contado, sin embargo, con un cuarto elemento que juega su papel tan silencioso y recatado, que no se le descubre sino por los efectos, que a veces se realizan siglos después. Ese elemento es el insobornable; el testigo de los acontecimientos, que falla sobre su justicia o injusticia, sobre su mentira o verdad con arreglo a las eternas leyes de la moral. Es el centurión, indiferente a la religión que predica Cristo; indiferente a los manejos de los intereses creados y a la furia del Infierno contra El; indiferente incluso al fallo de los tribunales legítimamente constituidos; el centurión, que va a cumplir uno de tantos servicios impuestos por su obligación, que se queda mirándolo todo y que dicta la sentencia imparcial, porque ve la realidad y no tiene prejuicio alguno.

"Este Hombre era justo, éste era verdaderamente el Hijo de Dios." Lo dice el centurión a sus soldados y a unos cuantos hombres y mujeres del pueblo que se van a sus casas un poco atemorizados. Aquella opinión no tiene valor alguno, al parecer. Las turbas han blasfemado a gritos, se han reído de Dios crucificado millares de personas, unánimemente. Grandes sacerdotes, sabios, personalidades eminentes están de acuerdo en que el Galileo era un loco peligroso y su doctrina, falsa. Caifás, Anás, Pilatos, Herodes, las autoridades han aplicado las leyes de acuerdo con la población con el concurso de la masa. ¿Qué valor tiene, junto a la sabiduría, la juridicidad y la opinión popular el dicho de un centurión adocenado?

Poco a poco, las palabras del centurión van hallando eco. La muerte de Jesús, que no tiene interés para los historiadores pedantes y que ha sido un incidente olvidado por las autoridades y las multitudes de Palestina, comienza a germinar en el seno de la conciencia moral, tierra que aprieta contra su seno el grano de trigo, calentada por la fe, el sol de las almas. Brota una espiga tímida: —Era el Hijo de Dios—. Brota un campo entero: —Era el Hijo de Dios—. Una sementera entera: —Era el Hijo de Dios—. La cosecha infinita del mundo: ¡Era el Hijo de Dios!, como el centurión, representante de la insobornable moral que rige el movimiento de los seres hacia sus fines divinos, había sentenciado.

Es inútil aplastar con la fuerza, con los có-



thani", esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? Algunos de los que allí estaban, cuando oyeron esto, decían: A Elías llama éste. Y luego, corriendo uno de ellos, tomó una esponja y la empapó en vinagre, y la puso sobre una caña, y le daba a beber. Y los otros decían: Dejad, veamos si viene Elías a librarle. Mas Jesús, clamando segunda vez con grande voz, entregó el espíritu. Y he aquí se rasgó el velo del templo en dos partes de alto a bajo, y tembló la tierra, y se hendieron las piedras. Y se abrieron los sepulcros y muchos cuerpos de santos, que habían muerto, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de la resurrección de él, vinieron a la santa ciudad, y aparecieron a muchos. Mas el centurión y los que con él estaban guardando a Jesús, visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron grande miedo, y decían: "Verdaderamente, Hijo de Dios era Este".

La Pasión de Nuestro Redentor es un hecho perpetuo. Está y estará presente en todas las horas, mientras no desaparezca de la conciencia humana el concepto del vivir vida mortal. Y en la inmortalidad, la Pasión será asimismo clave de esa inmortalidad de los justos. Porque sin la Pasión no existirían ni esta vida verdadera ni la

pecies: Camino, Verdad y Vida. El segundo es la hostilidad satánica de los deicidas, del conglomerado de hipócritas, fanáticos, logros bien avenidos, soberbios, duros de corazón, privilegiados y directores de los sentimientos oficiales, en peligro por la predicación de Jesús. El tercer elemento es neutral: Está representado por el poder dominador que se inhibe en los pleitos religiosos y que sólo se preocupa de armonizar todos los intereses en beneficio suyo y de emplear la diplomacia amenazando con la espada para mantener los pueblos bajo su yugo.

Hay un principio espiritualista contra dos materialistas, aliados si se trata de mantener el orden público y la supremacía del poder civil, religioso y militar. El elemento hostil emprende una doble acción: Persuadir al Estado de que debe cortar el motín, la subversión, la revuelta que pone en peligro la estabilidad del mismo Estado; convencer a la opinión pública de la blasfemia, ofensiva para los sentimientos de esa opinión pública, que sale de los labios del Renovador.

Ambos objetivos de la maniobra se logran. Nada más fácil que influir sobre el Estado, porque éste necesita contemporizar y tiene miedo de enfrentarse con los poderosos y mucho más miedo de verter sangre y crear en el pueblo sobre el que acampa un complejo de rencor y desquite. Fácil es también extraer de la opinión pública el fallo que se desea: La liberación del Barrabás que les ha robado y asesinado y la condena del Jesús que les ha redimido y al que recibieron, no hace un mes, con palmas emocionadas y con llanto y vítores de júbilo. La opinión pública se moldea a capricho del conglomerado que forma la casta superior y que dispone de ingenio y de medios. La palabra es el agente de contagio. Se halagan los malos instintos, se miente, se presentan los asuntos sofisticadamente por el lado propicio, se adultera y

digos, con la razón legal, con el peso del Estado, con el voto de la opinión pública la verdadera verdad y la obra del espíritu. Es inútil aplicar a la vida la interpretación materialista. Aunque, de momento, el triunfo parezca absoluto y la unanimidad sin rescusio, la conciencia moral presente, aunque recatada, en cualquier centurión sin personalidad social, germinará la verdad para el porvenir. Y la luz se hará, cegadora. Y el error, contra la ley de Dios, aunque le amparen la espada y la palabra, no prevalecerá.

Hay unas advertencias de San Pablo ("Epístola a los romanos", VIII-5-6-10) que parecen inspiradas en el acto intelectual y moral del centurión, al "ver y creer": "Porque los que son según la carne, gustan de las cosas de la carne; mas los que son según el espíritu, perciben las cosas que son del espíritu." "Porque la prudencia de la carne es muerte; mas la prudencia del espíritu es vida y paz." "Y si Cristo está en vosotros, el cuerpo, verdaderamente, está muerto para el pecado, mas el espíritu vive para la justicia."

Este vivir para la justicia es el de la conciencia vigilante, independiente y leal a su naturaleza: la conciencia del centurión.

TOMAS BORRAS



# El discípulo amado

Fué uno de los primeros en seguir al Maestro, y fué también el último en separarse del inanimado cuerpo del Rabí.

Como a hermanos queridísimos trató siempre a los Apóstoles el Redentor. Su infinita bondad se ejercitaba en todos ellos aconsejándolos amorosamente, mostrándoles con el propio ejemplo "el Camino, la Verdad y la Vida". Y cada discípulo pudo creerse predilecto de su Señor.

Pero en el paso del Hijo de Dios por el mundo hay testimonio de que su especial dilección recayó en Simón-Pedro y en Juan, hijo del Zebedeo.

Pedro era el primero, el que ocupó invariablemente el primer lugar entre los doce, el destinado por Jesús de Nazaret para piedra inmovible sobre la cual iba a edificar su Iglesia, el mismo a quien dijo Jesucristo: "Y a ti te daré las llaves del Reino de los Cielos. Y todo lo que ates en la tierra será atado en el cielo. Y todo lo que desates en la tierra será desatado en el cielo."

Juan, hijo del Zebedeo y hermano de Santiago—que había de ser glorioso Patrón de España—era flor de inocencia, de pureza, de juventud. Alma de candor infantil, mereció la ternura del Salvador, ternura envidiable que se manifestó repetidamente en demostraciones de amor y de confianza.

Juan, con Pedro y Santiago, gozó del privilegio de asistir a la milagrosa resurrección de la hija de Jairo, y a la Transfiguración en la cumbre del Tabor, y a la oración en el Huerto. Y aun más, tuvo la inefable satisfacción de estar a la diestra de Jesús, recostado, en contacto con el pecho del Cordero Divino, durante la Cena Pascual, en el acto de la institución de la Sagrada Eucaristía. Y Juan supo, antes que ningún otro, quién era el traidor; confidencialmente le habló así el Maestro, contestando a su angustiosa interrogación: "Aquél a quien yo dé el pedazo de pan mojado, ése es."

Pero aun no habían concluido las gracias y favores con que la generosidad del Maestro se dignó favorecer al Discípulo amado. Como la sombra al cuerpo, como el eco a la voz, Juan, desde el instante en que comienza la Santa Pasión, no se aparta del lado de la bendita Virgen María. María se encuentra sola; su esposo José murió tiempo ha; el Hijo, cruelmente torturado y escarnecido, va camino del martirio final. Y Juan sostiene a María, y sus palabras son de aliento, de fe inquebrantable, de consuelo a la que es "Consolatrix afflictorum".

Los discípulos están lejos del Calvario. Todos, no. Hay uno. Es Juan.

"SAN JUAN EVANGELISTA". (CUADRO DE RUBENS. FOTO RUIZ VERNACCI)

EN LA PLANA ANTERIOR, "EL CENTURIÓN", DIBUJO DE GUSTAVO DORÉ PUBLICADO EN LA EDICIÓN DE LA SAGRADA BIBLIA, DE MONTANER Y SIMÓN



Y Juan siente en el corazón el taladro de los clavos que rasgan y destrozan los pies y las manos de Jesucristo y le duele el lanzazo que rompe el costado divino, y agoniza entre dos agonías: la del Hijo expirante y la de la Madre desfalleciente de angustia. Allí está él; allí están sus brazos para evitar que se desplome el cuerpo de la Madre Santísima. El niño, el adolescente, se ha transformado en hombre, con capacidad de resistencia varonil. Amparado y protegido hasta entonces, encuéntrase súbitamente asistido de fortaleza.

Y desde la Cruz, con blandura de caricia, caen para eterna bendición de la Humanidad, las palabras del Mártir:

"¡Madre! ¡Ahí tienes a tu Hijo!"

Y a continuación:

"¡Hijo, ahí tienes a tu Madre!"

Y en la persona del Discípulo amado se simboliza toda la gran familia humana, en presente y en futuro.

Ya nadie se sentirá huérfano. Ya el mundo tiene por Madre a la Madre de Dios, a la Reina de los Cielos.

Y con adoración filial cumple el Discípulo la misión que Jesucristo le confiara, y como hijo reverentísimo sirve de báculo a la vejez de María, la asiste con devoción cariñosa, la venera y no se aparta de ella hasta el Tránsito, hasta que la contempla en su Asunción a los cielos, rodeada de ángeles, envuelta en eterna luz.

Ha cambiado el hogar terreno por el alcázar de la eternidad gloriosa, pero continúa siendo la Madre de todos: "Mater admirabilis!"

## DEPRECACION

Aunque los malos hijos te abandonen, aunque de Ti renieguen y te agravien, por voluntad de Dios Omnipotente siempre serás nuestra bendita Madre.

La Madre del creyente fervoroso que abrazado a la Cruz quiere salvarse, la Madre del cuitado perseguido que llora con dolor llanto de sangre...

La Madre del candor, de la pureza, y la Madre del triste miserable que, arrepentido de su torpe vida, ante tus plantas llega a prosternarse.

Con las rodillas puestas en la tierra y con el alma abierta a tus bondades, yo te pido favor para mi Patria:

¡sigue siendo su Madre!

Descienda tu perdón sobre este pueblo muy más enloquecido que culpable, caiga tu bendición sobre la España que cometió el delito de olvidarte.

Y a imagen del Divino Nazareno tus labios digan en aqueste trance: "¡Señor, tened piedad de vuestros hijos!" "¡Hijos, aquí tenéis a vuestra Madre!"

M. R. BLANCO-BELMONTE



## JOSE DE ARIMATEA Y



CUADRO DE A. BENSON.  
(ESCUELA FLAMENCA)

EN LA PLANA SIGUIENTE,  
"ENTIERRO DE JESUCRISTO". CUADRO  
DE MUÑOZ DEGRAIN,  
EXISTENTE EN SAN  
FRANCISCO EL GRANDE

En la apretada síntesis de los relatos evangélicos, tan ricos en presencias latentes y milagrosas intuiciones como parcos (tal era el pudor antiguo) en intimidades biográficas, el santo José de Arimatea se aparece al hombre moderno, ávido inquisidor de caracteres y semblantes, como una sombra fugitiva no revelada en plena luz sino en las últimas horas de la Muerte, Descendimiento y Sepultura del Señor.

Sabemos, sí, que "el hombre rico de Arimatea", el "senador" de Israel, "anciano" de la nobleza territorial en el Sanedrín, era un "varón bueno y justo" que "esperaba el Reino de Dios." Que, como tantos otros príncipes y doctores, conmovidos por las obras y las palabras sobrenaturales de Jesús, "creía en El aunque sin atreverse a confesarlo por miedo de los judíos." Pero que, llegado el sumo trance, no sólo no consintió, a la paz del sabio Nicodemus, en la sentencia del Tribunal ni en los hechos de la Pasión y Muerte del Señor, sino que, valerosamente arrepentido de su anterior flaqueza, se arrojó a pedir el Santo Cuerpo, a descenderle de la Cruz, amortajarle y enterrarle, con ayuda de Nicodemus, en el sepulcro que para sí mismo había el rico José preparado en su propio huerto cerca del Monte Calvario.

No hay quien no tenga en los ojos, cuando no las tenga en el corazón, las imágenes, para siempre vivas, de estas escenas inefables. No hubo hasta entonces en la tierra horas que desbordasen el tiempo con tales ímpetus de eternidad. No hubo nunca presente tan henchido del pretérito y a la vez tan preñado del porvenir. Juntos al pie de la Cruz, con la Madre del Salvador, el Discípulo predilecto y las otras santas mujeres, se nos dibujan también con admirable fuerza y colorido, a la luz de aquella inmensa Piedad, las nobilísimas figuras de José y Nicodemus, los dos discípulos hasta entonces secretos de Jesús, bañados en un divino resplandor como en el maravilloso claroscuro del "Descendimiento", de Rembrandt.

Mas sepultado el Redentor, luego de lavarle y envolverle en lienzo con aromáticas especias, y cerrado el Santo Sepulcro, ya ausentes la Dolorosa y el hijo adoptivo—Juan—, cae sobre el huerto fúnebre, con los últimos resplandores del ocaso, un imponente silencio. Del "hombre de Arimatea" ya no se vuelve a saber. Apenas tapada con la piedra la tumba del Salvador y sentadas aún la Magdalena y otra de las Marías cerca del Sepulcro, en el jardín hospitalario de José, la sombra del piadoso dueño se nos hunde para siempre en las tinieblas de la noche, camino de la Ciudad...

Lo que nos falta por saber de este enigmático varón hay que inferirlo de la vida y la muerte, bien conocidas y ejemplares, de su colega. Nicodemus, cuya figura moral, de un interés humano y psicológico de primer orden, resalta con vivísimo perfil junto a la estampa borrosa del rico de Arimatea.

Nicodemus, "príncipe de los judíos", doctor en el Sanedrín, varón de autoridad por su sabiduría y rectitud, "grande según la carne", feliz y poderoso en Israel, unía en su persona todas las aristocracias posibles: la sangre, la virtud, la inteligencia, el dinero. Aún le faltaba, sin embargo, el supremo título de nobleza: la

## NICODEMUS

santidad, y éste también lo ganó a fuerza de saber perder, entre agonías de muerte y con sudores de sangre, todo cuanto le hacía rico, noble y autorizado en la tierra. Bienes, honras, dignidades: todo lo perdió por confesar públicamente a Jesucristo. Ultrajes, torturas, destierros, persecuciones; todo lo padeció con heroica mansedumbre hasta morir, después de una bárbara flagelación, abrazado a la fe del divino Nazareno.

Pero ésta, que es la historia de multitud de santos y mártires, destino trágico y glorioso que, sin duda, cupo también a José de Arimatea, revistió en la persona de Nicodemus, según se trasluce en el Evangelio de San Juan, el carácter, singularísimo entonces, de una tragedia interior, drama de conciencia, todavía más emocionante para nosotros los cristianos modernos que todas las tragedias exteriores.

Fariseo como Gamaliel, como Saulo, que es como decir la quintesencia del pensamiento judío, del sentimiento de la raza, de todas las tradiciones, formas inmutables del alma nacional y religiosa de Israel en cruda oposición a la Vida nueva del Espíritu que con Jesús amanecía entonces en el mundo, Nicodemus es ante todo, como San Agustín, el intelectual que se convierte a la Luz no al golpe de una caída gloriosa ni al fulminante relampagueo de la verdad (aunque el sabio doctor del Sanedrín la tuvo tan en sus brazos), sino poco a poco, tras largo y obscuro ascenso, después de una agonía espiritual mucho más angustiosa que la agonía de la muerte.

Aguda crisis de un alma, cifra de la crisis de un mundo. Trágica lucha contra sí mismo, contra su propio corazón convertido en campo de batalla entre una ley y otra ley, entre una Edad y otra Edad. Conmoción desgarradora de todos los fundamentos de su fe, de su razón, de su ciencia; de todos sus hábitos mentales, sus viejos moldes, sus maneras de conocer y de sentir, contra un terrible y a la vez dulcísimo Señor que venía al mundo, no a traer la paz, sino la guerra; no a prometer victorias, sino mártires; no a pactar, sino a romper; no a transigir conflictos, sino a exasperarlos y hacer más duras las contradicciones y más agudos los problemas, subvertir todos los valores, cambiar todos los términos y exigir el sacrificio sobrehumano de todos los bienes accesibles en aras del absoluto Bien.

Agonía de una tradición ya agotada, enferma, a punto de morir, frente a la revolución más formidable y trascendente que vieron jamás los siglos y los hombres. Batalla tanto más recia cuanto mayores eran el relieve público y religioso del prócer, su importancia política y social, y la vertiginosa altura de las cosas que oyó de labios del Salvador.

Hay en el cuarto Evangelio una noche profunda y misteriosa, noche mística por excelencia, en que el mismo Dios en la Persona de Cristo, cara a cara, mano a mano con sus criaturas, en la intimidad de un aposento (probablemente en la casa de Lázaro en Betania) descubre de súbito las tinieblas y abre a los ojos del doctor de Israel los horizontes de la perpetua Luz. Al través de las palabras de San Juan, el relente sutil de aquella noche cala los huesos como un soplo de la eternidad. Se adivina el combate sordo



que se riñe en el alma de Nicodemus, alma fuerte, pero no hecha a las vías dolorosas de los místicos, ante la formidable disyuntiva—o renacer o morir—en que Dios le puso y ante la cual no valían términos medios ni eran posibles esas tácticas, esos evasios y acomodos tan del gusto de todos los fariseos.

Al "hombre de la Ley", en quien entonces se cifraba la vida intelectual, jurídica y religiosa de Israel, los preceptos heroicos de Jesús (el "sed perfectos"; no buenos en lo posible y humano, sino "como vuestro Padre celestial"; la negación de sí mismo; la privación de todos los afectos y los bienes temporales; el perder la vida para ganarla, y el nacer de nuevo por el Espíritu) debían de parecerle tan impracticables, tan absurdos, como le parecían a Renán, como hoy mismo suelen parecernos a nosotros, pobres cristianos de ahora degradados por las doctrinas farisaicas del mal menor y del bien posible, corrompidos hasta los tuétanos por toda especie de convivencias, promiscuidades y contagios.

Pero Nicodemus, harto más disculpable, más entero y valiente que nosotros, si vaciló, si arguyó al divino Maestro, si tuvo fuerzas para discutirle y apartarse de su amorosa compañía, y volver la espalda a la Luz, y embosarse de nuevo en las sombras, y volver al ciego vivir de la carne y de la tierra, más bríos tuvo después para abrazarse a Jesucristo en la Cruz, y morir con El de muerte mística, para nacer de nuevo, según le fué revelado en la alta conversación de aquella Noche singular en el aposento de Betania...

Juan Papini, en su "Historia de Cristo", rebosante de

poesía y de elocuencia romántica, pero también de tосquedad e incomprensión, arremete contra José de Arimatea y Nicodemus con la heroica furia de que suelen usar, en testimonio de su valor y de su fe, los vivos contra los muertos. A juicio de Papini, los dos piadosos varones de Israel que recogieron, embalsamaron y dieron sepultura al cadáver del Señor, eran de esos amigos hipócritas, dechados de tibieza, de cobardía y de egoísmo, que no aparecen sino a la última hora, cuando ya, todo consumado, sin riesgo de comprometerse, alardean entonces de leales, pios y misericordiosos, para merecer la gloria eterna como una prolongación de sus bienandanzas en el mundo. No hay injurias que se deje Papini en su tintero sin lanzar a la memoria de los santos enterradores de Jesús.

Tales injurias, si algo prueban, aparte la ignorancia del escritor en punto a los Evangelios y a su medio histórico, es la razón profunda con que se incluye en las obras de misericordia, tanto como el socorrer las necesidades corporales y espirituales del prójimo, el enterrar a los muertos, lo cual quiere decir no sólo sepultarlos, sino honrarlos, guardar piadosamente su memoria, defenderlos de las pasiones de los vivos.

Y esto que supieron hacer con tan admirable caridad, con tan heroico sacrificio, José de Arimatea y Nicodemus, adquiere más honda significación en tiempos como los presentes, en que son tan comunes el odio a la vida del espíritu y los ultrajes a los muertos.

RICARDO LEON

REPRODUCCIONES DEL PROF. EUG. NORMAN





## El arrepentido o El buen ladrón



Una de las más hondas impresiones experimentadas en mi vida fué la sentida al contemplar el Gólgota.

En la iglesia del Santo Sepulcro, de Jerusalén, se encierra la pequeña montaña donde tuvo lugar el drama sangriento redentor de la desventurada humanidad. Allí ve uno mismo con los ojos de la carne la roca en que fué elevado el madero de la Cruz; aquellas piedras recibieron la misma sangre de Cristo y reflejaron sus últimas miradas; allí está, en la dura roca, la hendidura misma de que nos habla el Evangelio.

Allí nos redimió el Cristo, el único que puede curar a nuestra sociedad, hastiada, vieja y llena de amargura; el que la devolverá sus ensueños de belleza y juventud, ya que el cristiano es y será siempre el hombre de la esperanza eterna; el que la enseñará a tener gusto por las cosas del espíritu, a contemplar lo invisible, a comprender que el hombre más útil a su patria y a la misma humanidad es el que sabe ofrendarse a sí mismo en aras del bien ajeno y que el sentimiento más puro y más noble del discí-

pulo de Jesús es el sacrificio de sí mismo; el que la formará en el desprecio del placer y en el empleo digno de las riquezas de la tierra.

Allí nos redimió el Cristo, el único que ha hecho amar el dolor y el sufrimiento, derramando en el alma su gracia y con ella una vida templada para las grandes desventuras, fortalecida en el menosprecio de la muerte misma, ya que nos permite afrontarla con el corazón lleno de consoladoras esperanzas.

Allí nos redimió el Cristo, el único que ha impuesto a sus discípulos la ley santa que nos obliga a perdonar; el único que sólo abrió sus labios para decir palabras de paz y de perdón.

"Uno de los ladrones que estaban crucificados —nos dice San Lucas— blasfemaba contra Jesús diciendo: "Si tú eres el Cristo, sálvate a tí mismo y a nosotros." Mas el otro le reprendió diciendo: "¡Cómo! ¿Ni aun tú temes a Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Y nosotros, a la verdad, estamos en él justamente, pues pagamos la pena merecida por nuestros delitos; pero éste ningún mal ha hecho."

Decía después a Jesús: "Señor, acuérdate de mí cuando hayas llegado a tu reino."

Y Jesús le dijo: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso."

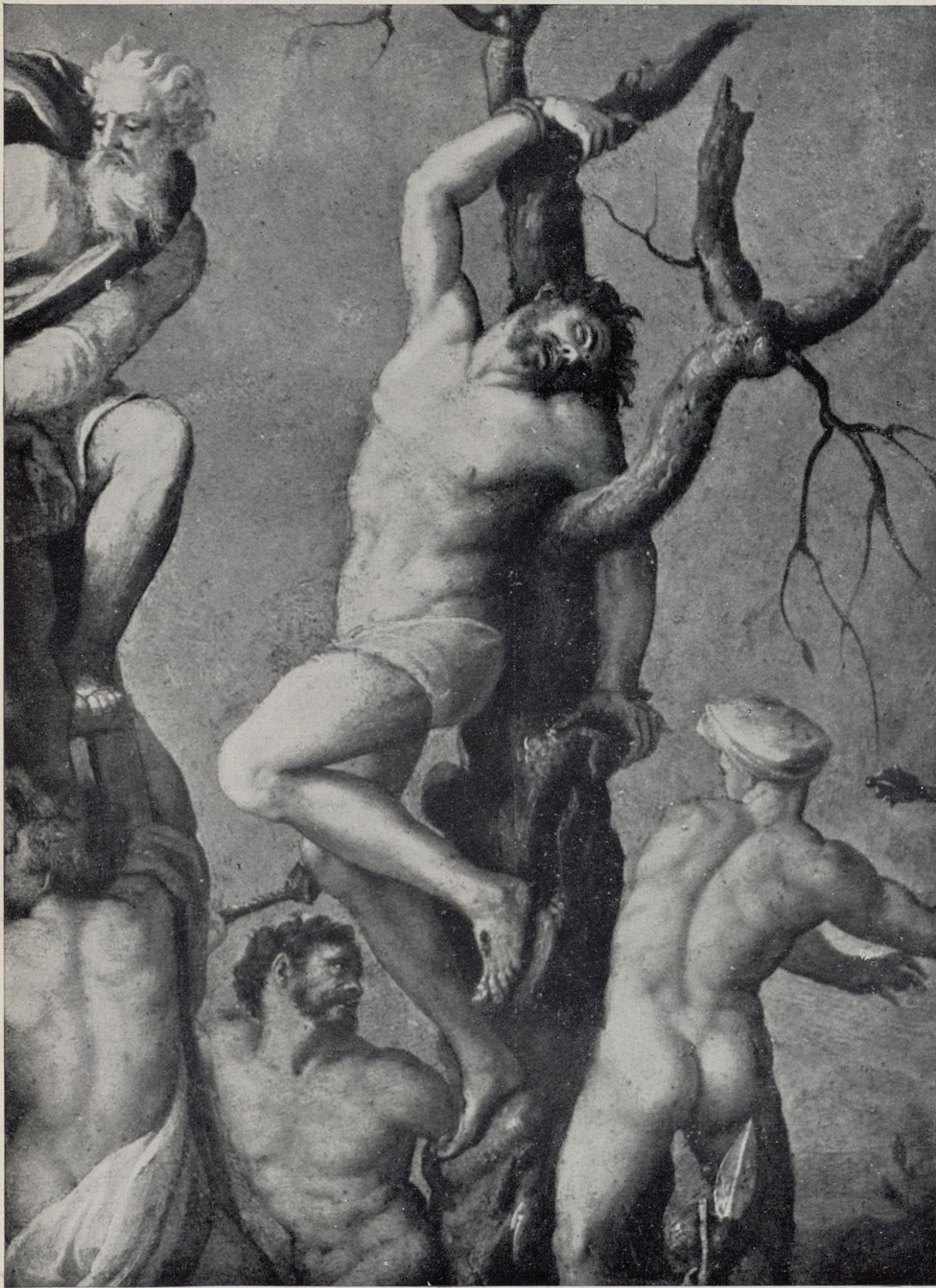
Luego se oscurece el cielo; la tierra queda envuelta en siniestras y lívidas tinieblas; el Hombre-Dios inclina la cabeza y muere...

Muere; y en el templo se rasga de arriba abajo el velo del santuario; y la tierra tiembla con fuertes sacudidas; y las rocas chocan con violencia; y los sepulcros se abren; y los muertos resucitan; y un velo de sangre pasa por el sol.

Allá va el Centurión que mandaba la cohorte, golpeándose en el pecho; y le siguen los soldados; y luego, el pueblo judío, aquel mismo pueblo que había pedido su sangre y que ahora apenas puede ocultar su espanto y su terror bajo la máscara de una sonrisa forzada.

El Calvario se va quedando solo y en silencio. María, la Madre amorosa y buena, permanece firme, en pie, con los ojos clavados en Jesús; Juan, el discípulo amado, también en pie, sigue mudo, absorto y abismado en el dolor; Mag-





EN LA PLANA ANTERIOR, "EL BUEN LADRÓN: DIMAS". (FRAGMENTO DE LA OBRA DE VOLTERRA, SIGLO XVI)

"EL MAL LADRÓN: GESTAS". (FRAGMENTO DE LA OBRA DE VOLTERRA, SIGLO XVI) REPRODUCCIONES DEL PROF. EUG. NORMAN



## El contumaz o El mal ladrón

dalena, la bella pecadora, está de rodillas, enlazando con sus brazos el tronco de la Cruz, y entre sollozos y lágrimas no puede separar sus labios de los divinos pies de su Maestro...

Y los dos ladrones, aún con vida, a los lados del Cristo reputado como un facineroso.

La tradición nos ha transmitido sus nombres: Dimas, el del buen ladrón; Gestas, el del malo.

Dimas representa al hombre pecador, que en un momento de gracia se arrepiente de su delito y pide a Dios perdón.

Es un David, prorrumpiendo en el himno más hermoso, más sentido y más sublime, en aquel "Miserere", nacido de un corazón contrito y humillado por el pecado contra Dios; es María Magdalena, lavando sus debilidades con las lágrimas de la más austera penitencia y con los efluvios del más puro y más hondo de los amores divinos; es el Abad Rancé, que se va al claustro a llorar los "delitos y las ignorancias de su juventud", agitada y transcurrida entre liviandades y placeres; es el hombre de ayer, de hoy y de siempre, que, atormentado por el

remordimiento y movido por la gracia, abomina de sus crímenes, eleva a Dios el corazón contrito y pide y alcanza su perdón.

Nunca aparece tan grande como aquí la Religión de Jesús; nunca tan sublime como cuando abre las entrañas de su misericordia y los tesoros de su bondad al pecador arrepentido. Por eso Jesucristo es más grande, más amable y más sublime que en ningún otro pasaje de su vida en el Calvario; porque muere perdonando a sus mismos verdugos: "Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen", y porque apenas oye la súplica de un facineroso dolido de sus culpas, le contesta: "En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Pero Gestas, el mal ladrón, representa y simboliza al pecador contumaz, que, sordo a los llamamientos del Cielo, continúa obstinado en su delito; es el Judas, que, en vez de volverse al Dios de la bondad pidiéndole perdón de su pecado, elige el suicidio y con él la muerte eterna; es el hombre también de ayer, de hoy y de siempre, que sigue día tras día en su soberbia,

en sus deseos de venganza, en sus lodazales sensuales, en su ambición desmedida, en su avaricia, en su envidia, en sus odios, sin levantar jamás a Dios el corazón implorando su misericordia. Es el impenitente que vive en este mundo una vida de rencores y delitos y que sufrirá después un castigo duro y eterno.

¡Ah!, en estos días de fervor y de piedad, cuando la Iglesia conmemora el día del perdón, que es el día de la redención cristiana, es cosa de volver los ojos a los obstinados, a los ciegos, a los contumaces, a los rebeldes, a los envenenados, que no dudaron en derramar sangre inocente, ni en atropellar el pudor de vírgenes cristianas, ángeles de pureza, ni en derribar e incendiar los mismos templos consagrados al Dios del perdón, para decirles:

¡Oh, nueva Jerusalén! ¡Oh, Jerusalén eterna! ¡Cuántas veces quiso el Señor congregar a tus hijos, como la gallina congrega a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! ¡Oh, Jerusalén rebelde y contumaz, conviértete al Señor tu Dios!

ELOY MONTERO





## LA MADRE

Entre todos los recuerdos que evoca el gran drama de la Pasión en la conciencia cristiana, acaso ninguno revive y se ilumina con tan tierna emoción, con tan honda sentimentalidad, como el de la soledad de la Virgen. La estampa de la Madre sin el Hijo es la expresión de esa soledad, que tiene un sentido teológico revelador del modo y grado de la cooperación mariana en el plan de la Redención, y una significación sentimental que comprende el inmenso panorama de nuestra vida, oscilando siempre entre el dolor y la esperanza.

De modo que el misterio de la soledad de María abarca todo el papel por ella desempeñado en el mundo de la Reparación. Ahí, sin duda, está la raíz del interés y la emoción que a la piedad cristiana, y aun simplemente al sentimiento humano, ha inspirado siempre el dulce y trágico misterio.

Toda la misión de la Virgen en el designio redentor se cifra en la idea de su maternidad, punto convergente de dos filiaciones, una divina y otra humana, pues que esa maternidad tiene dos términos: Dios y el hombre.

Aureolada por los resplandores de su maternidad divina se afirma su gloria de asociada a la obra de la Reparación, hasta el extremo de saludarla la Teología como coredentora; y en el plano de su maternidad humana se destaca como tipo y perenne consuelo de la Humanidad. Pues ambos aspectos, ambas relaciones, culminan en el dolor y en la gloria de la soledad. La exige, en primer lugar, su carácter de coredentora. ¿Por qué? Para dar la respuesta preciso es teologizar un poco.

En los desolados momentos de su agonía ha pronunciado Jesús estas palabras, terriblemente angustiosas: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" La crítica incrédula, rebelde siempre a los misterios de orden sobrenatural, aunque nunca insumisa a los de la ciencia y la naturaleza, ha visto en la dolorosa exclamación el fracaso de la conciencia mesiánica de Cristo, y por ende el argumento más contundente contra su divinidad. "El espíritu de Jesús—ha escrito la pluma más representativa de esa crítica—desfalleció por un momento; ocultóle una nube la faz de su Padre, y tuvo una agonía de desesperación mil veces más acerba que todos los tormentos. Sólo vio la ingratitud de los hombres, y se arrepintió, quizá, de sufrir por una raza abyecta." Menos mal que, como arrepentida de sus blasfemas apreciaciones y contradiciéndose a sí misma, añade esa misma pluma: "Pero su instinto divino volvió pronto a recobrar su imperio, y su alma volvió otra vez a su celeste origen. Experimentó de nuevo el sentimiento de su misión; vio en su muerte la salvación del mundo, y profundamente unido a su Padre, empezó en el patíbulo la vida divina que iba a gozar en el corazón de la Humanidad." Y es que la incredulidad contemporánea es hermana en dureza, sombras e incapacidad de la turba que rodeaba la Cruz, y que tomó al pie de la letra el desgarrador acento de Jesús; mejor dicho, ni lo entendió siquiera, pues confundiendo la palabra Eli con el nombre de Elías, respondió con risas y burlas a la sublime invocación del Salvador. Son ciertamente impenetrables esas palabras al ingenio humano, en cuanto

## SIN EL HIJO

al modo como pudo recluirse el desamparo que expresan. La razón de su impenetrabilidad, de su misterio, es la siguiente: El espíritu de Jesús estaba substancialmente unido a la divinidad; su inteligencia, por consiguiente, contemplaba directamente la divina Esencia, fuente de suprema felicidad. ¿Cómo, pues, ha podido desampararlo la Divinidad? ¿Qué significa ese desamparo?

El modo, repito, de ese desamparo es un misterio inaccesible a la inteligencia humana, como tantos otros arcanos aun del orden natural. Y, sin embargo, esas palabras marcan, en cuanto a la realidad que expresan, el momento culminante de la Redención, son la más formidable revelación de la función redentora de Cristo. La Redención es triunfo sobre el pecado, satisfacción a la justicia eterna. Pues Jesucristo va a vencer al mal moral, va a reparar esa justicia en el terreno mismo del pecado, no tomándolo sobre sí, porque eso repugna a su santidad esencial, pero sí la deuda íntegra, la responsabilidad del pecado; siendo la inocencia misma, va a aparecer como criminal en la imputación, fiador de todas las iniquidades humanas, y la justicia divina lo mira y acepta como víctima propiciatoria y expiatoria de las maldades de la Humanidad, como "cuerpo de pecado", dice con frase gráfica el apóstol San Pablo, entregándole a los rigores de esa misma justicia, el mayor de los cuales es el abandono, el desamparo, la tremenda soledad por parte de Dios, que en el alma pecadora pone toda culpa grave como castigo y consecuencia. Tal es el sentido teológico de la dramática queja del divino moribundo. Pues ese sentido, guardada, claro es, la divina proporción, es el que refleja la figura de María sin su Hijo. Su soledad es la correspondencia, en su carácter de coredentora, al desamparo de Aquél. La que, por asociada al plan redentor, había estado firme al pie de la Cruz, uniendo su dolor a las torturas del Crucificado, había de ofrecer al mundo una nota de sufrimiento que rimase con el desamparo supremo que hemos llamado momento culminante de la obra mesiánica, y esa nota fué la tremenda soledad en que sume siempre al corazón de una madre la muerte del hijo adorado. Y si este hijo es Jesucristo, entonces la pobre razón y el menguado sentimiento humano son incapaces de abarcar y sentir toda la inmensidad de la soledad de su Madre.

Pero la maternidad divina de la Virgen tiene como consecuencia y derivación una segunda maternidad sobre los redimidos. Y en este aspecto, María es el sublime tipo en que han sido recogidos y depurados todos los sufrimientos de la Humanidad, transfigurándolos en consuelo y esperanza. La soledad reviste para el hombre tres formas: la orfandad, el abandono de la sociedad y el desamparo de nosotros mismos. No hay nada que tan poderosamente simbolice el amparo, la protección, el calor de la compañía, como la madre. Nube de defensa extendida sobre nuestra cuna; luz de consejo y aliento encendido sobre nuestra juventud; recuerdo jugoso que da savia al árbol aterido de nuestra vejez; la compañía maternal nunca nos abandona. Aun en el espíritu del hombre más

criminal, en donde los huracanes de la pasión abatieron los más elementales principios de la moralidad, queda siempre en pie una imagen, la madre, cuyo recuerdo es unas veces remordimiento, otras iniciación de enmienda, no pocas principio que impide la prescripción absoluta de la idea del bien, siempre altar adonde va a parar el perfume de amor, generosidad o nobleza que, aun en medio de sus brutalidades y de sus odios, es capaz de exhalar el alma humana, destinada, al fin y al cabo, a la inmortalidad. Por eso la orfandad maternal señala uno de los desconsuelos más profundos, de las soledades más hondas del corazón. Marca asimismo el reloj de nuestra vida otras horas de soledad: el abandono con que la sociedad, a veces nuestros más íntimos, nos dejan, nos aíslan, desconociendo nuestros méritos, cerrando el paso a nuestras más legítimas aspiraciones, respondiendo con ingratitud a nuestros beneficios, con indiferencia al cumplimiento de nuestro deber, con frialdad a nuestros sacrificios, con dureza a nuestras necesidades, con silencio hostil a nuestras adversidades, con calumnias a nuestras virtudes... ¡Desamparo espantosamente desalentador! Y, sin embargo, hay otra forma más terrible de soledad. Mientras el espíritu conserva sus arrestos, mantiene vivas sus esperanzas y encendido el hogar de sus ilusiones; aunque los hombres nos abandonen, no estamos solos: nos acompañan todas esas energías, esa riqueza interior que nos anima y sostiene en la lucha. La verdadera soledad empieza cuando nos desamparamos a nosotros mismos; cuando se agotan nuestros arrestos interiores, se secan nuestras esperanzas y se apa-

ga el hogar de la ilusión, entonces se hace el desierto en nuestra alma, entonces sí que estamos solos. Pues frente al sombrío panorama de nuestras soledades brillará siempre la figura de la Virgen-tipo, de la Virgen-Madre, de la Virgen-Esperanza. Qué consoladora, qué humana se nos muestra la fe cristiana al tender como un arco iris sobre todas las cunas huérfanas la mirada de una mujer divina, que, en lugar de la madre, vele por el pobre niño y lo proteja en los peligros del mundo; y frente al recuerdo de la santa mujer que nos animó con su sangre, sea la afirmación de una maternidad imperecedera puerto para nuestras tempestades, refugio para nuestras penas y tipo depurado y exaltador de las eficacias con que el amor materno levanta al caído, cuida al enfermo, aconseja al extraviado, llora al que muere y salva al que acaso perecería para siempre sin las lágrimas, las oraciones y los sacrificios de su madre. Y cuando los abandonos injustos con que la sociedad nos aflige, y nuestras esperanzas marchitas, y nuestras pérdidas energías, y nuestras tribulaciones que nadie consuela, y nuestras abnegaciones que nadie agradece busquen un refugio, una interpretación salvadora, un punto de apoyo para no caer en la desesperación, encontrarán a la sagrada mujer del Calvario, que en sus dolores y abandonos nos recordará que hay una Providencia infinita que vela por nosotros, y en esos mismos dolores recogerá los nuestros, dándonos un sentido divino y trocándolos en esperanza que los reanime y acompañe, vencedora, en el fado batallar de nuestra vida. El Gólgota, sangriento escenario de Pasión, de Muerte y de Soledad, se ha convertido, para el dolor y la esperanza humana, en labor de gloriosa transfiguración. Y ésta es, caro lector, la grande y consoladora verdad que expresa la Madre sin el Hijo, la soledad de María.

ENRIQUE V. CAMARASA  
Magistral de Madrid.

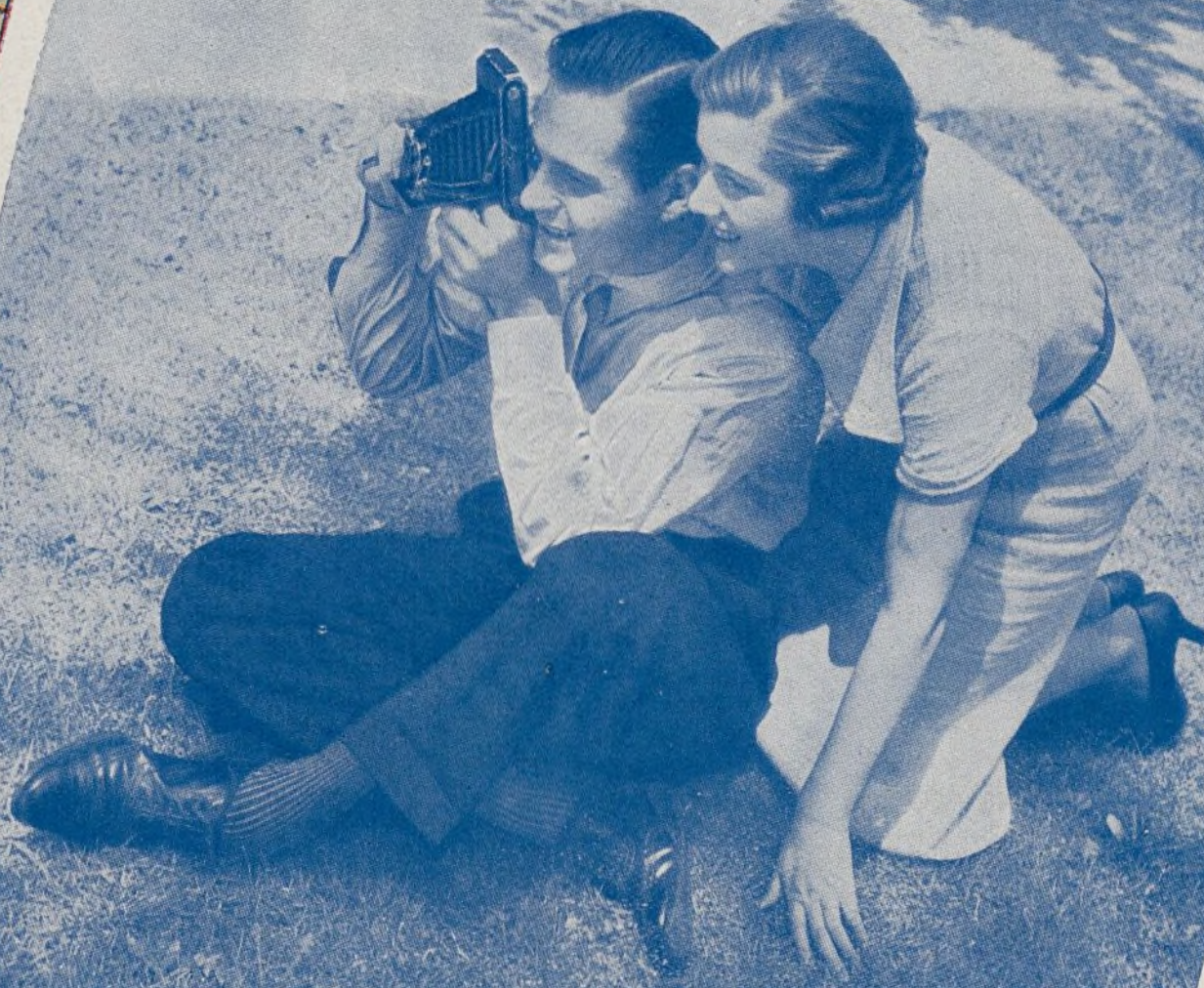


EN LA PLANA ANTERIOR,  
ESCULTURA DE SALZILLO.  
(FOTO RUIZ VERNACCI)

FRAGMENTO DE UNA ESCULTURA DE ROLDÁN.  
(FOTO RUIZ VERNACCI)



Una de nuestras deliciosas  
excursiones  
de domingo



Ese día no volverá jamás:  
perpetúelo con su "Kodak".

Las pequeñas fotos que Ud. hace en sus divertidas excursiones, pueden llegar a valer un tesoro el día de mañana... dentro de un año... de diez... No corra el riesgo de que puedan salir mal. Asegúrelas Ud. usando película "Kodak"

**"VERICHROME"**

la película maestra.

Rapidísima (28°).-Doble emulsión.-Gran latitud.-Antihalo.  
Ortocrómica.-Grano finísimo.-Asegura el éxito de día  
o de noche, y rinde imágenes llenas de vida y detalle.



**"Kodak"**

De venta en todos los buenos estable-  
cimientos de artículos fotográficos.

KODAK, S. A. - Puerta del Sol, 4. - Madrid.